

EL

MUNDO

UNA
HISTORIA
DE
FAMILIAS

SIMON SEBAG

MONTEFIORE

CRÍTICA

SIMON SEBAG MONTEFIORE

EL MUNDO

Una historia de familias

Traducción castellana de
Efrén del Valle y Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

INTRODUCCIÓN

Cuando bajó la marea, se vieron unas huellas: las huellas de una familia que caminaba por la playa de lo que hoy es un pueblo del este de Inglaterra, Happisburgh. Son cinco conjuntos de huellas que probablemente pertenecen a un varón y cuatro niños y se han fechado entre 950.000 y 850.000 años. Estas huellas, descubiertas en 2013, son las más antiguas nunca vistas de una familia. No son las huellas más añejas que conocemos: las hay anteriores en África, donde la historia humana se originó, pero sí son el vestigio más antiguo de una *familia*. Y son el motivo de inspiración de esta historia del mundo.

Ha habido muchas historias universales, pero esta adopta una perspectiva novedosa: utiliza historias de familias, a lo largo del tiempo, para ofrecer un enfoque fresco y distinto. Personalmente me atrae porque es una manera de conectar los grandes acontecimientos con el drama de la vida humana individual, desde los primeros homínidos a nuestros días, desde el pedernal a los iPhone y los drones. La historia universal es un elixir en tiempos agitados: la ventaja es que amplía la perspectiva; el inconveniente, que implica una distancia excesiva. La historia del mundo suele tratar de temas, no de personas, a diferencia de la biografía, que habla de personas, no de temas.

La familia sigue siendo la unidad esencial de la existencia humana, incluso en la era de la inteligencia artificial y la guerra galáctica. He creado un tejido histórico que combina los relatos vitales de múltiples familias de todos los continentes y todas las épocas, para intentar atrapar la carrera hacia delante del relato humano. Es una biografía de muchas personas, no la de una sola. Y aunque el ámbito de estas familias es global, sus dramas son íntimos y personales: los nacimientos, las muertes, los matrimonios, el amor, el odio; se levantan; caen; se levantan de nuevo; emigran; regresan. En cada drama familiar hay muchos actos. A esto se refería Samuel Johnson cuando afirmó que todo reino es una familia y toda familia, un pequeño reino.

A diferencia de muchos de los relatos históricos con los que yo crecí, en este caso se trata de una historia genuinamente universal. No está desequilibrada

por una atención excesiva a Gran Bretaña y Europa, sino que concede a Asia, África y las Américas la atención que merecen. Centrarse en la familia también permite atender más a las vidas de las mujeres y los niños, dos grupos muy descuidados en los libros que yo leí como escolar. Sus papeles —como la propia forma de la familia— han ido cambiando a lo largo del tiempo. Mi objetivo es mostrar de qué modo se han ido fusionando las fontanelas de la historia.

La palabra *familia* transmite connotaciones de afecto y bienestar, pero por descontado en la vida real las familias también pueden ser redes de conflictos y crueldades. Muchas de las que sigo son familias poderosas, en las que la intimidad y el calor del afecto y la crianza se ven afectados y distorsionados de inmediato por la implacable y peculiar dinámica de la política. En las familias poderosas el peligro procede del círculo interior: «Las calamidades», según le advirtió Han Fei Tzu a su monarca en la China del siglo II a. C., «vendrán de los que amas».

«Eran muy pocas las personas que hacían historia», ha escrito Yuval Noah Harari, «cuando todos los demás estaban atareados labrando campos y portando cubos de agua.» Muchas de las familias que elijo, en efecto, ejercen el poder; pero otras incluyen a personas esclavizadas, médicos, pintores, novelistas, verdugos, generales, historiadores, sacerdotes, charlatanes, científicos, magnates y criminales, también amantes, e incluso unos pocos dioses.

Algunas serán conocidas, pero muchas, no: aquí seguimos dinastías de Malí, los Ming y los Médici, Mutapa, Dahomey, Omán, Afganistán, Camboya, Brasil e Irán, Haití, Hawái y los Habsburgo; hacemos la crónica de Gengis Kan, Sundiata Keita, la emperatriz Wu, Ewuare el Grande, Iván el Terrible, Kim Jong-un, Itzcóatl, Andrew Jackson, el rey Enrique de Haití, Ganga Zumba, el káiser Guillermo, Indira Gandhi, Sobhuza, Pachacuti Inca y Hitler, además de los Kenyatta, Castro, Assad y Trump, Cleopatra, De Gaulle, Jomeini, Gorbachov, María Antonieta, Jefferson, Nader, Mao, Obama; Mozart, Balzac y Miguel Ángel; los césares, los mongoles, los saudíes, los Roosevelt, los Rothschild, los Rockefeller, los otomanos.

Lo escabroso coexiste con lo amable. Hay muchas madres y padres amorosos, pero también Tolomeo VIII «el Barrigón», que descuartiza a su hijo y lo envía en pedazos a la madre; Nader Sha y la emperatriz Iris ciegan a sus hijos; Isabel de Castilla tortura a su hija; es probable que Carlomagno se acostara con la suya; Kösem, una poderosa madre otomana, ordena estrangular a su hijo y a su vez fallece estrangulada por orden de su nieto. La poderosa Catalina de Médici, de la Casa de Valois, organiza una masacre en la boda de su hija, quien había sido seducida o quizá incluso violada por sus hermanos, lo que al parecer la madre había perdonado; Nerón duerme con su madre y luego la asesina. Shaka mata a su madre y utiliza su muerte como pretexto para emprender una masacre. Saddam Hussein lanza a sus hijos contra sus yernos. El

asesinato de hermanos es endémico, incluso hoy. Recientemente Kim Jong-un ha asesinado a su hermano de una forma muy moderna: se amparó en una escena de riesgo de un programa de telerrealidad para envenenarlo con un agente nervioso.

También seguimos las tragedias de las chiquillas adolescentes a las que unos padres gélidos envían a casarse con extraños en alguna tierra remota donde no pocas veces mueren dando a luz: en ocasiones sus matrimonios facilitaron los vínculos interestatales, pero más a menudo el sufrimiento dio poco fruto porque los intereses de estado se consideraban mucho más importantes que las conexiones familiares. También seguimos los triunfos de mujeres esclavizadas que ascenderán hasta la dirección de un imperio. O el de Sally Hemings, medio hermana esclavizada de la difunta esposa de Thomas Jefferson, que dará a luz en secreto a los hijos del presidente; Razia, del sultanato de Delhi, que alcanza la posición de soberana pero la pierde, destruida por su relación con un general africano; o Wallada, la hija de un califa de al-Ándalus, que se dedicó a la poesía y el libertinaje. Al seguir la pista de estas familias a través de pandemias, guerras, inundaciones y épocas de esplendor, dibujamos el mapa de las vidas de muchas mujeres, desde las aldeas a los tronos, desde las fábricas al cargo de primera ministra, desde una mortalidad catastrófica en los partos y la impotencia legal, al derecho de voto, de abortar y de usar anticonceptivos; establecemos la trayectoria de los niños, desde la devastadora mortalidad infantil al trabajo industrializado y el culto moderno a la infancia.

Esta historia se centra en personas, familias y camarillas. Hay muchas otras formas de enfocar una obra de esta envergadura. Pero yo soy un historiador del poder; la geopolítica es el motor de la historia mundial y yo he dedicado la mayor parte de mi carrera a escribir sobre los líderes rusos. Por otro lado, es una clase de historia cuya lectura siempre me ha hecho disfrutar: incluye pasiones y furias, los reinos de la imaginación y de los sentidos y el coraje de la vida ordinaria, de un modo que no encuentro en los escritos de pura ciencia política o los tratados de economía. La centralidad de esta conexión humana es una forma de narrar el relato global que pone de manifiesto el impacto de los cambios políticos, económicos y técnicos a la vez que revela cómo han evolucionado también las familias. Este libro es otro episodio en la larga batalla entre la estructura y la agencia, entre las fuerzas impersonales y los caracteres humanos. Pero no son necesariamente excluyentes pues, según escribió Marx: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a capricho; no la hacen en las circunstancias que ellos mismos eligen, sino en unas circunstancias que ya existen, dadas y transmitidas por el pasado». Es frecuente que la historia se presente como una sucesión discontinua de acontecimientos, revoluciones y paradigmas, que experimentan personas claramente categorizadas e identificadas con precisión. Sin embargo las vidas de las familias de carne y hueso reve-

lan algo distinto: personas idiosincrásicas y singulares que viven, ríen y aman durante décadas y siglos en un mundo de múltiples estratos, híbrido, liminar, caleidoscópico, que no encaja en las categorías e identidades de los tiempos posteriores.

Las familias y los personajes a los que aquí sigo tienden a ser excepcionales, pero también muy reveladores de sus épocas y lugares. Es una forma de contemplar cómo han cambiado los reinos y los estados, cómo se ha ido desarrollando la interconexión de las personas y cómo distintas sociedades han absorbido a los extraños o se han fundido con otras. En este drama polifacético confío en que la narración simultánea, fundida en un todo pero a la vez individual, atrape al menos en parte la confusa impredecibilidad y contingencia de la vida real en tiempo real, el sentimiento de que están sucediendo muchas cosas en distintos lugares y en órbitas distintas, el desorden y la confusión de una carga de caballería: mareante, espasmódica, implacable, a menudo tan absurda como cruel, siempre repleta de sorpresas vertiginosas, incidentes extraños y personalidades increíbles que nadie podía prever. Por eso los líderes de más éxito son visionarios, estrategias trascendentes pero a la vez improvisadores, oportunistas, creadores de pifias y de golpes de fortuna. «Incluso la persona más astuta, en la oscuridad, camina como un niño», reconoció Bismarck. La historia se crea por la interacción de las ideas, las instituciones y la geopolítica. Cuando se unen en una conjunción feliz, se producen cambios magníficos. Pero incluso en estos casos, quienes tiran los dados son las personas...

Seguimos a las familias tanto en su círculo más íntimo como en el más amplio de las familias poderosas, que a menudo se extienden a los clanes y las tribus. La familia inmediata es una realidad biológica para todos nosotros; y para muchos también es un espacio de cuidados parentales, por muchos defectos que pueda padecer; las dinastías más amplias son construcciones que utilizan la confianza y el linaje como un pegamento con el que preservar el poder, proteger la riqueza y compartir peligros. Pero todos nosotros, instintivamente, comprendemos las dos cosas: en muchos sentidos todos formamos parte de alguna dinastía y esta historia familiar es también, por lo tanto, una crónica de todos nosotros. La diferencia es que las medidas adoptadas por las familias gobernantes, y las cosas que para ellas están en juego, son más letales.

En Europa y Estados Unidos tendemos a pensar en la familia como en una unidad reducida que carece de importancia en la era del individualismo, la política de masas, la industrialización y la alta tecnología; solemos creer que ya no necesitamos a las familias tanto como antaño. Hay cierta verdad en esto, y en los últimos siglos la familia ha adoptado un aspecto distinto. Cuando ya no hay familias dominantes sigo recurriendo a los personajes y a sus conexiones para tejer una narración compleja; pero resulta que, en nuestro mundo indivi-

dualista y supuestamente racional, las dinastías han evolucionado pero no han desaparecido. Ni mucho menos.

Durante la revolución estadounidense, Tom Paine hizo hincapié en que «el cargo de monarca hereditario es tan absurdo como el de médico hereditario»; pero en aquel momento la profesión de la medicina, como tantas otras, era a menudo hereditaria. Tampoco se puede escribir sobre las dinastías sin hablar de religión: los soberanos y las dinastías gobernaban en calidad de monarquías sagradas, como agentes o incluso personificaciones de la voluntad divina; esta convicción se ensamblaba con la familia para hacer que la sucesión hereditaria pareciera natural, un reflejo de la organización natural de la sociedad a través del linaje. Después de 1789 la teología de las dinastías sagradas evolucionó para encajar con nuevos paradigmas nacionales y populares y, desde 1848, con la política de masas. La religión tradicional —con sus sagrarios e incensarios— tiene hoy menos importancia pública, pero nuestras sociedades teóricamente laicas son tan religiosas como las de nuestros predecesores y nuestras ortodoxias son tan rígidas y absurdas como las viejas religiones. Por eso un tema recurrente será la necesidad humana de religiosidad y soteriología, que proporcione a cada persona, familia o nación una misión justa que otorgue forma y sentido a la existencia. «Quien tiene un *porqué* para vivir», dice Nietzsche, «puede tolerar cualquier *cómo*.»

En las democracias liberales de nuestros días nos enorgullecemos de una política pura y racional, alejada de clanes, parentescos y conexiones. Ciertamente la familia ha perdido mucha importancia. Pero en su mayor parte la política sigue tratando de la personalidad y el patrocinio tanto como de las medidas adoptadas. Los estados modernos, incluidos los de Norteamérica y Europa occidental, son más complejos y menos racionales de lo que nos gusta fingir: a menudo se evitan las instituciones formales recurriendo a redes informales y cortes personales que incluyen a familias: en las democracias y semidemocracias basta con pensar en los Kennedy y los Bush, los Kenyatta y los Jama, los Nehru, los Bhutto y los Sharif, los Lee y los Marcos. Son *demodinastías* que representan la seguridad y la continuidad pero necesitan ser reelegidas (y pueden perder el poder en unas elecciones). Diversos estudios modernos sobre Estados Unidos, la India o Japón han puesto de relieve que las dinastías nacionales se replican localmente con linajes parlamentarios y regionales. Pensemos también en la creciente cantidad de gobernantes hereditarios de Asia y África que, más allá de sus disfraces de instituciones republicanas, son en la práctica monarcas.

«El parentesco y la familia son fuerzas con las que hay que seguir contando», escribe Jeroen Duindam, decano de los historiadores dinásticos. «Las formas de liderazgo personalizado y duradero, tanto en la política como en los negocios, tienden a adquirir rasgos semidinásticos incluso en el mundo contemporáneo.»

Un libro de esta escala aborda muchos temas; uno de ellos es cómo las migraciones han dado forma a las naciones. Seguimos a familias estables y seguimos a familias en movimiento o formadas por movimientos: los grandes movimientos masivos de familias —migraciones, conquistas— que han creado todas las razas y todas las naciones.

Mientras que la familia ha adoptado formas distintas en distintos momentos y el poder siempre fluye, existe un fenómeno opuesto con el que aquella está asociada y al que este libro presta mucha atención: la esclavitud. En el ámbito doméstico, la esclavitud ha sido un rasgo omnipresente en las familias, ya desde el principio; pero se trataba de la familia no de las personas esclavizadas, sino del amo de los esclavos. La esclavitud hacía añicos la familia propia; era una institución antifamiliar. Cuando llegaron a existir familias esclavizadas —en los hogares romanos, en los harenes islámicos, las familias similares a las de Sally Hemings y Jefferson en el Estados Unidos esclavista—, implicaban coerción: la ausencia de libertad, a menudo la pura y simple violación. Otro de los temas de esta historia, pues: para muchas personas, la familia puede ser un privilegio.

Este libro se ha escrito en una época de cambios en la historiografía, cambios emocionantes y necesarios desde hace mucho, que hallan aquí su reflejo: se hace hincapié en los pueblos de Asia y África; se recoge la interconexión de los sistemas de gobierno, las lenguas, las culturas; se presta una atención clara al papel de las mujeres y la diversidad racial. Pero la historia se ha convertido en la piedra de un mechero: su poder moral, siempre activado, prende al instante las teas tanto del conocimiento como de la ignorancia. Basta con asomarse a los infiernos de Twitter y Facebook, hervideros de prejuicios y conspiraciones, para ver que la historia multiplica su poder de fisión gracias a la distorsión digital. Con su parte de ciencia, de literatura, de misticismo y de ética, la historia siempre ha sido importante, porque el pasado —ya sea de esplendor rutilante o sufrimiento heroico, comoquiera que se imagine— posee una legitimidad y una autenticidad, si no incluso santidad, que es inseparable de nosotros y con frecuencia se expresa en relatos de familias y naciones. Puede emocionar a multitudes, crear naciones, justificar masacres y heroísmos, la tiranía y la libertad, con el poder silencioso de un millar de ejércitos. Por eso, en su mejor expresión, su búsqueda de la verdad resulta esencial. Cada ideología, cada religión, cada imperio ha intentado controlar el pasado santificado para dar legitimidad a lo que fuera que estuviera haciendo en el presente. En nuestros días también abundan los intentos, tanto en Oriente como en Occidente, de integrar por la fuerza la historia en una ideología.

La vieja historia infantilizada de «los buenos» y «los malos» vuelve a estar de moda, aunque ahora «los buenos» y «los malos» no sean los mismos. Sin embargo, como bien ha señalado James Baldwin: «Un pasado inventado no se

puede utilizar nunca; las presiones de la vida hacen que se fisure y derrumbe como la arcilla en temporada de sequía». La pista más clara es el uso de una jerga enmarañada. La jerga ideológica, como escribió Foucault, es un signo de ideología coercitiva: «Tiende a ejercer una especie de presión, como una fuerza capaz de restringir los otros discursos», porque oculta la ausencia de una base factual, intimida a los disidentes y permite que los colaboradores exhiban su convencionalismo virtuoso. «¿Qué está en juego», se preguntaba Foucault, con su agudeza habitual, «en la voluntad de verdad, en la voluntad de enunciar un discurso “verdadero”, si no son el deseo y el poder?» Baldwin advertía: «Nadie es más peligroso que el que se imagina puro de corazón, porque por definición es una pureza irrefutable». Las ideologías de la historia no suelen sobrevivir al contacto con la confusa heterogeneidad, los matices y la complejidad de la vida real: «El individuo que ha sido constituido por el poder», decía Foucault, «es al mismo tiempo el vehículo del poder».

Como no podría ser de otro modo, se presta mucha atención a la materia oscura de la historia —guerras, crímenes, violencia, esclavitud y opresión—, porque son hechos de la vida y motores de cambios. Como escribió Hegel, la historia es «el banco donde se sacrifica la felicidad de los pueblos». La guerra siempre actúa como aceleradora: «La espada», escribió Abu Tammam ibn Aws, poeta iraquí del siglo IX, «cuenta más verdades que los libros, pues su filo separa la sabiduría de la vanidad; el conocimiento se halla en las chispas del choque de las lanzas.» Como decía Trotski, todo ejército «es una copia de la sociedad y adolece de todas sus enfermedades, por lo general con más fiebre aún». Los imperios —sistemas de gobierno centralizados, masas continentales, ámbitos geográficos de gran vastedad, diversidad de pueblos— serán omnipresentes, en multitud de maneras: los imperios de las estepas (los jinetes nómadas que durante muchos milenios amenazaron a las sociedades sedentarias) son muy distintos de los imperios europeos transoceánicos que dominaron el mundo entre 1500 y 1960. Algunos fueron la obra de un conquistador o una visión únicos, pero la mayoría se conquistaron y gobernaron *ad hoc*, de una forma poco sistemática o regular. La batalla actual por el poder mundial se libra entre «naciones imperio» —con China, Estados Unidos y Rusia a la cabeza— que combinan la cohesión nacional con la extensión de los imperios, en vastedades asombrosas, a menudo continentales. En Moscú, los imperialistas, fortalecidos por un nuevo ultranacionalismo, controlan la nación imperio más extensa del mundo. Los resultados son letales. La competencia geopolítica por el poder mundial —lo que el papa Julio II llamaba «el Juego del Mundo»— es implacable. El éxito solo puede ser temporal y los costes humanos siempre son insoportables.

Se ha prestado muy poca atención a muchos crímenes que hay que sacar a la luz sin más tapujos. En este libro aspiro a escribir una historia matizada que

muestre a los seres humanos y sus sistemas de gobierno como las entidades complejas, imperfectas e inspiradoras que en realidad son. La mejor cura para los crímenes del pasado es arrojar sobre ellos la luz más brillante posible; pues una vez que a los criminales ya no se los puede castigar, esa iluminación es la redención más genuina, la única que cuenta. Este libro aspira pues a arrojar esa luz, a hacer la crónica de logros y de crímenes, fueran quienes fuesen los perpetradores. Intento contar las vidas de muchos inocentes a los que se ha matado, esclavizado o reprimido. Si no todo el mundo importa, entonces no importa nadie.

Hoy gozamos de métodos científicos novedosos y emocionantes —la datación por carbono, el ADN, la glotocronología— que nos permiten saber más sobre el pasado y conocer con más detalle los daños que los humanos están causando al planeta con la contaminación y el calentamiento global. Pero incluso con todos estos nuevos útiles, en lo esencial la historia sigue ocupándose de las personas. Antes de escribir estas páginas mi último viaje me llevó a Egipto: cuando vi los vivaces rostros de las tumbas de Fayum, pensé que esas personas del siglo I se parecían mucho a cualquiera de nosotros. Ellos y sus familias comparten en efecto muchas características con nosotros y la actualidad, aunque las diferencias sean grandes. En nuestra vida cotidiana a menudo tenemos problemas para entender a personas a las que conocemos bien. La primera norma de la historia es recordar que sabemos muy poco sobre las personas del pasado, qué pensaban, cómo funcionaban sus familias.

No siempre es fácil evitar la teleología: escribir la historia como si el resultado estuviera predicho de antemano. Los historiadores son malos profetas, salvo para profetizar el futuro que ya sabemos que ha ocurrido. Es así porque con frecuencia un historiador no es tanto un cronista del pasado o un vidente del futuro como un simple espejo de su propio presente. La única forma de comprender el pasado es sacudirse el presente: nuestra tarea consiste en recurrir a todo lo que sabemos, hallar todos los hechos posibles para narrar la crónica de las vidas de las generaciones precedentes, lujosas y humildes por igual, y del mundo en toda su extensión.

Un historiador universal —escribió Al-Masudi, en la Bagdad del siglo IX— es como «un hombre que, habiendo encontrado perlas de todas clases y colores, crea con ellas un collar tan adornado que su poseedor lo guardará con especial cariño». Esta es la clase de historia del mundo que yo deseo escribir.

La marea destruyó rápidamente las huellas de aquella familia en la playa de Hapshipurgh, que pisaba la arena varios cientos de miles de años antes de que se iniciara lo que llamamos *historia*.